

desde la literatura



Dibujo de Magali Lara, 1990

Diez noches de Francisca Lombardo*

Diamela Eltit

Esta noche llega con luna llena y te veo angustiadamente desde la luz. Hemos hecho planes, tantos planes que me alivio. Me pides que te cuente y no sé morder mi lengua. Trepo encima tuyo entibiada por mis recuerdos, movilizada por mis propias palabras. La cama retumba y no me importa que se me hielen los pies. Ah, el rubor. Te tendré para siempre y te subes encima enardecido por mis narraciones. ¿No tienes nada que decirme?, pero tú ya no puedes oírme concentrado como estás en tus movimientos. Bum, saltas lejos como un militante herido y me dejas anegada. Sales disparado de mis ojos y desde el otro extremo de la cama redoblas tus promesas, afinas los planes. No te creo nada, el pájaro ciego y sordo sólo se levanta al ritmo de su apatencia. Pájaro adulador y mentiroso. Estás con el pájaro en la mano, alado en la cama y finges soñar conmigo. Cuidadosamente me seco con la sábana y viene a mí. ¿Cómo fue la primera vez? Resiste Francisca. Los burlescos días Jueves se ríen de la mañana a la noche. Fue un Jueves en que disminuyeron bruscamente los jornales, arrasaron con los jornaleros. Lo hice con un jornalero derrotado a los tres meses exactos. Resiste Francisca, agarrada al cabezal de la cama con todas mis fuerzas, pensando en la magistral articulación de la rodilla. No era lo que se entiende por un jornalero, ni por un trabajador siquiera, tan inexperto que no habría forma de contarle, no sabría cómo. En ese tiempo conocíamos poco. No pude resistirlo, no estaba en mí entender que se trataba de una batalla, de una cabalgata, de una invasión a campo abierto. El hijo del jornalero lo consiguió conmigo. Se me acalabró el brazo derecho completamente. Te conté esto con mentiras, no te conté nada de lo que realmente pasó. Estamos juntos de mentira, ya estamos juntos de mentira cinco años y en estos últimos tiempos ya no me pasa lo mismo. Ya

*Este texto forma parte de la novela *Vaca Sagrada*, de próxima aparición.

no, pájaro insuficiente, inexpresivo. No quiero el vestido que me prometes, quiero otro. Quiero que te quedes conmigo para siempre, me lo dices tú y no te creo. La primera vez estallé urbana como encendida por miles de pedacitos de focos de automóviles, encementada, metálica. Lo resistí porque fui urbana. Ahora te tengo como una vieja avenida, como un televisor con interferencias. Caen las imágenes, se desenfocan en el vértice. Suelta tus alas y cúbreme. Tengo los pies helados, te toco y te estremeces. Intento enredarte todos los pelos que tienes en el cuerpo, despuntarte las alas. Tengo mucho que relatarte aún, hubo bandadas de pájaros que enfilaron hacia las afueras de la capital. No te duermas que te estoy hablando y concéntrate bien, no vayas a pensar en otra. Estás pensando en otra, en otras cosas, maldito pájaro desconsiderado, vieja lechuza de mal agüero. Te miento para halagarte, lo hago tan bien que me abrazas y me dejo llevar por ti al territorio resbaladizo de los últimos cinco años, cercada por el hombre que me sigue para matarme y que a esta hora estará esperando con una astilla para sacarme un ojo. Pero ahora estamos abrazados y creo desesperadamente todo lo que me dices, olvidando el odio de tu mirada matutina, esa mirada que tanto conozco, saliendo de tus ojos verdaderos a la hora de la siesta de tu pájaro asesino. Me río de ti esta noche y tu mano se levanta hasta mi rostro para golpearme con una fuerza desgarradoramente humana.

LA CAMA cruje y cruje. Crujió y crujió en esa pieza miserable. La inestabilidad del piso de tablas, el papel de la pared estriado. Desnuda. Me desnudó y no respondí. Mi cuerpo desnudo alcanzó una autonomía sorprendente, asalariada, encabritada. Mi animal escondido salió de su guarida y se atrevió a casi todo. Me atreví a todo y cuando él dijo: Francisca, ni siquiera le creí. No era yo. Era la cordera, no era yo. Era mi mano bajando y subiendo. Mi dedo índice. Mi dedo del corazón, el dedo del corazón haciendo una desesperada declaración de amor con la uña. No estuve quieta. Sentí que un cazabombardero entraba enloquecido por mis piernas abiertas. Sentí cómo una estaca que venía a meterse a mi ojo derecho para cegarme, se desviaba a último momento y se incrustaba entre mis piernas. Sentí que la uña del dedo del corazón horadaba un pedazo de pared de cemento. Un aserradero, el aspa de una hélice. Su lengua con certeza se preparó para operar. La cama no paró de crujir, la cama retumbaba el sonido de una mujer escandalizada por lo que estaba sucediendo. El embrutecimiento de mi cuerpo había perdido la óptica del terror. Pasó su lengua por la planta de mis pies. La pieza tenía una lamparita de 25 watts, la benigna oscuridad brilló en saliva. La cama estaba sostenida por alambres trenzados, los malditos crujidos. Su lengua emprendió una de mis orejas y me taponó de saliva la ranura para precaverme de los ruidos. La pieza tenía una sola ventana. Un tragaluz sucio. Serían las tres de la tarde pero no era ese un lugar para la luz natural. Salió disparado mi pezón, mis dos pezones. Su saliva me alivió, me ayudó a soportar el picoteo del pájaro. Ni siquiera teníamos una lamparita encima del velador, alcancé a divisar mi zapato negro caído en medio de la pieza. No seguí mirando. Metió su lengua por mi boca y repasó mis dientes. Quise su lengua, quise tanto su lengua, quise tragarme su lengua. Pero nunca fui yo, fue mi animal que mugía por salir con una enorme lengua rosada. Yo estaba áspera para su saliva. Estaba suave para la pieza. Cada uno de mis pezones cayó sobre cada uno de sus ojos. Dijo que no quería nada conmigo si yo estaba con sangre. Que no soportaba ver las sábanas manchadas.

—¿Estás con sangre?, me preguntó.

—No, le contesté.

TE SIGO en las noches, al amanecer. En soledad te nombro. ¿Qué me hiciste? Tengo las piernas y el estómago inflamados. Me he puesto tan vulgar, de una vulgaridad espantosa. ¿Qué será?, vivir con los ojos inflamados sin poder distinguir a un muchacho de un hombre. No siquiera entiendo de belleza, se me van de las manos los muchachos bonitos, ¿dónde se han metido esos hombres? Soy experta. Estoy atenta a las muchachas bonitas, quieren cautivarme, comerme con sus muelas. Pero ya no, la vulgaridad me dejó estos ojos de gato. Mis ojos inflamados pueden ver hasta lo que hay debajo de la cama. Fosforescentes. Sé que los huesos son viciosos, terriblemente viciosos. Ah, el animal. Mi animal fue repulsivo para el muchacho. Cuando dije: Pajarito, se asustó, se encogió y estuvo a punto de desaparecer. Él no lo supo, pero era vulgar, no sabía poner nombre a las cosas, le tenía tanto miedo a las palabras que se encogía. Rubiecito. Venga la noche, que entre la oscuridad y se abra de piernas y orine en el suelo de mi pieza. Venga la noche. Las cucarachas manchadas de orina se vuelven indistinguibles. El lavatorio tenía una cucaracha patas arriba, pataleaba y maté al bicho, maté a toda una familia. Mi ávido animal quiere pastar, llevarme al heno porque quiere pastar para después dejarse caer sobre sus cuatro patas. Consentido. Es inhumano tenerlo encerrado siempre. ¿Qué animal? Era yo. Fui yo la que inicié la pendencia con el muchacho. No había más ruido que mi hombro chocando con el hueso. Pero el pájaro siempre picotea. ¡Qué destino! Hubo una noche en que la vulgaridad corría por todas partes. Corre Francisca. No me bañé en una semana y en una semana mi cuerpo hedía. Alguien me sigue. Ahora cumpliré 22 años y buscaré empleo. Seré una asalariada más, trabajaré un tiempo y después me voy a enfermar y alguien deberá cuidar de mí. El dinero es tan refinado, no vale la pena huir en la noche. El muchacho no tenía pasión por las palabras, su lengua asustada se movía para ahogarlo. Lengua mentirosa y encogida. Dejaré morir a mi animal patas arriba hasta que se ahogue. No tengo animal. El picoteo del pájaro, bum, bum, monótono. Qué extraña capacidad, bum, bum. ¿Qué lo hará tan decisivo? Mi propaganda arde y el pájaro picotea mi propaganda. Mudo, es mudo. El cuerpo del muchacho huyó a perderse en la noche, la noche aquella en que mi labio inferior fue atacado por mis dientes. Fue como un animal, mi boca patas arriba y sentí peligro de muerte. La muerte estaba afuera de mi cabeza esperando que yo cayera definitivamente para atraparme entre sus patas. Escóndeme sólo por una noche. Seré cerca de hoy una asalariada

más y cualquiera podrá despedirme. Aún me mantengo sobre mis dos patas y no seré un animal arrastrándome sobre el colchón para lavarme como una cucaracha orinada. Alguien me sigue. Una mujer en cuatro patas es ruidosa, cómo grita. En la pieza de al lado una mujer gritó y no pude evitar sentirme subyugada con su grito. Ya no. Cumpliré en cualquier momento 22 y emprenderé una nueva vida como asalariada, como una asalariada más y mi paga servirá para ir matando fríamente a mi animal. A través de mis ojos inflamados vi un plato de greda, una lamparita y una bellísima alfombra verde sobre el piso. Me paré frente al espejo y desde allí comencé veladamente a descender.

¿HABLEMOS esta noche? ¿Te das cuenta de lo oscuro que está? Te pusiste turbio y no entiendo qué es lo que he hecho esta vez. Lo noto en la oscuridad. Me sale una gota, apenas una gota, pero aún así no quieres. No quieres nada, me dices, y lo que no me dices es que te espanto con mi ojo amoratado. Ya sabremos, vamos a ver quién vence en esta batalla, quién derrota la odiosidad de la noche. No me quieres esta noche, no quieres a nadie, pájaro ensimismado. Temes a mi peso y a mi pesadumbre. Estás manchado de terrores, recorrido por malos pensamientos y por eso te pasas a mi cama cada noche. Te siento entrar como una magnífica susurrante música altiplánica, tú sabes, tú conoces el rigor de los instrumentos. Has estado entrando y saliendo, llenándome de ofensas, a mí, que vi tu sombra. Vi una sombra en mi pieza hace ya tantos años y comprendí que iba a perder un ojo, que lo perderé tarde o temprano ensartado en la implacable astilla. ¿No haces nada? ¿No dices nada? No esta noche, no debo cargar contigo esta noche y por eso quiero subirme encima. Ascendí con un hombre estrepitosamente dañino, un pájaro degollado en un árbol. Me sentí decapitada esa vez, perdí la cabeza, sufrí, pagué solamente de abajo. Estás abajo ahora ¿no te decía? Te hablaré, no me interrumpas, no interrumpas justo cuando estoy al borde de conseguirlo. Si te detienes ahora me voy a enfermar. Mi mano extraordinaria se acaba de compaginar con mi lengua, lento, despacito. Ah, se está tranquilizando el voluble mundo entre mi mano y mi lengua. Crece mi lengua por mi mano. Todo está adentro. Cómo he cambiado. El me llamó: Francisca, me dijo, entendí que estaba buscando mujer y me sentí sumida en la misma viciosa necesidad. La magnética noche, la frenética mano, el despojado cerebro. Porque no fui capaz de pensar, la energía se dejaba caer sobre mi cuerpo. Cargo contigo encima una noche más y me parece una noche de mentira, falsa como la mancha que recorre mi cintura, como la cicatriz en el borde de mi pelvis, como el lunar que delimita mi labio, sólo la presencia de mi altivo pezón me confirma que me enfrentó a una noche verdadera. Sácame de mí, llévame lejos, dime otra vez lo que haremos juntos. Hubo una noche extremadamente hostil, una bandada de pájaros enloqueciendo.

TE NECESITO. Esta noche se está viniendo abajo y yo aquí curvada, con las piernas abiertas, esperando. Mi hermosa herida constante entre las piernas. Hueles, escarbas, aumentas la caída de la noche. La noche no se abre, no se abre. Erecto, erecto, erecto. Vuelas noche arriba, pájaro envanecido y me cuentas. Cuéntame, pues, habla de tus triunfos. ¿Te gustó mucho?, ¿no? ¿Qué fue lo que te gustó tanto? Hilas cuidadosamente tus palabras, mientras yo ensayo una posición terrible que me conducirá a un riesgo excesivo. Estoy en una terrible posición ante la noche, a punto de disolverme. ¿Qué te pasa con la sangre?, ¿qué te pasa verdaderamente ante la sangre? Eres uno más esta noche y te recibo como a uno más, curvada, ya sabes, con las piernas abiertas. Si no hubieras atentado contra mi mente podría tocar ahora la fortaleza de tu carne. Erecto, erecto, erecto. La intensidad de mi mano puede más que todas tus mentiras. Ocupando mis dos manos, quizás, pueda capitular la crisis de esta noche. Me duelen los dedos, mis dedos en la boca, la vacía belleza de mi herida. Se avecina otra vez el tumulto. ¿Qué me vas a dar?, ¿con qué me vas a pagar esto? Observa mi cabeza. Nunca, en ninguna oportunidad pudieron convencerme, no tiene precio, no es asunto de asalariada, no lo hacen las trabajadoras. Aún sabiéndolo, pensándolo, no me parecía posible, pero acaba de pasar. He avanzado mucho, ¿no?, he dado un gran paso adelante, por eso las mujeres están furiosas y necesito una dosis de analgésicos para soportarlas. Tú te niegas a soltar el dinero, no quieres pagar por mis dolores. Me sacas en cara que abuso de los calmantes. No estoy dispuesta a escuchar una palabra más esta noche y pienso que es común todo lo que has hecho, pero te digo que sí, que sí, para halagarte. Eres tan común que llega a ser desconcertante. Me desconcierto por mí. ¡Qué espectáculo estoy dando! Lo haré bien, antes pude ser titubeante cuando no comprendía lo que querían. Vi dos cuerpos encajados y me deslumbré por la extensión de los músculos. Te gustan los espejos ¿no?, no quieres perderte de vista en ningún instante. Juro que esta vez voy a gruñir como un animal para que no te desencajes y me enfrente al hombre que anda detrás mío para matarme y matar mi visión. Es trágico. Adiviné dónde está la guarida de los pájaros. Me han enrolado como trabajadora y debo combatir por mi sustento, defender cada punto del contrato. Y ¿tú?, ¿qué haces? El hombre está afuera paseándose escrupulosamente de un lado para otro, un pájaro listo para levantarse en contra mía. Me cegará inevitablemente. Acompañame esta noche, no dejes que me avergüence por la posición que estoy tomando. Cada noche.

Tengo algo interiormente resbaladizo que me impide alinear me con las trabajadoras. Siento que perderé mi batalla, pues los pájaros se han resguardado tras un negro riguroso y soy incapaz de distinguirlos en la oscuridad. Soy solamente una asalariada, una trabajadora entre muchas, curvada, abierta de piernas. Te apareces desnudo, descaradamente alado, con una fina pelusa alrededor. Parado encima de la cama empiezas a curvarte, a curvarte. Te curvas y suavemente empiezas a reparar mi inmenso daño.

ME CONFIRMAS que seguiremos juntos para siempre y me dan ganas de correr hasta perderme. Aún no sé por qué te quedas. Tengo 30 años y no me hiciste ningún regalo, no me celebraste. Estoy perdiendo mi edad a tu lado. Quise estar con otro. Lo deseé tanto, ah, cuánto quise un cuerpo distinto ese día. La noche de mis 30 años me buscaste pelea mientras yo pensaba en toda esa gente. ¿Qué será de ellos? Juan se enterró un fierro de su bicicleta en el ojo. Yo estaba ahí. Con el primo de Juan nos encerramos a menudo en el baño y fue de arriba a abajo, todo por encima, en forma superficial. Me saqué la ropa, pisamos la baldosa fría y nos apoyamos en el lavatorio. Sentí afuera los pasos de Juan con el globo del ojo reventado, el agua corría y la dilapidamos por una hora. Fue bueno. Juan perdió un ojo jugando con su bicicleta. Yo gritando que el ojo estaba en el fierro y su cara vacía llena de sangre. Después de eso nos encerramos con el primo, mientras el agua corría, jugando, chillaba la ambulancia, todos. Allí descansábamos. Dejé eso de un día para otro, no pensé en ellos cuando cumplí 30. Me puse un traje claro para celebrar, te dije que no quería y empezó la pelea cuando te conté lo que había deseado ese día. En la noche la sábana estaba arrugada y te quejaste. Me arrugaste el traje claro, terminaste llorando. Estaba aterrorizada, mi edad caminaba errante haciendo una disparatada peregrinación por la pieza, asustada por mis gritos. No hiciste nada que llamara al festejo. Terminaste llorando porque no pudiste tomar mis años y dejarlos metidos en ti. Se levantó el pájaro para amarrarme a la cama. Me amarraste a la cama para rasurarme abajo como regalo. Me rasuraste mis 30 años y el pájaro levantado mostró una soberbia indescriptible. Vienes a decirme que seguiremos juntos para siempre, justo ahora que pienso en otro, en uno distinto a ti. Es un hombre bonito, me besó en el baño y me abrió las piernas con su rodilla. Frente al espejo. Vi mi cara en el espejo y ya había aprendido que estaba al revés. No vi mi cara, vi el revés de mi cara y el derecho de mis piernas que se abrían. No pude pensar en ti. Me dijiste que me perdonabas si te lo contaba todo, pero no fue, no te lo conté todo, no quise ver la actividad del pájaro, de tu pájaro obediente. Esta noche te espero con las sábanas estiradas y te revuelcas como un niño que quiere jugar conmigo. Cuidate, tengo más de 30 años y no dejaré que lo hagas. Mi animal me ordena que me calme. Estoy calmada. Un hombre me espera afuera en la calle para sacarme un ojo. Entre sus manos esconde un clavo para sacarme el ojo derecho.

NO ENCUENTRO trabajo. Están pagando tan poco y nadie me cree, ni tú pájaro quejoso que sacas en cara la manutención que me das. Pájaro mezquino. No me voy a contratar por un salario de hambre, para que después me sigas pidiendo, en la noche, que te haga las cosas de gratis. Te he hecho demasiado de gratis y ni siquiera sabes agradecer, nada aprecias. No vamos a discutir ahora, me dices que no quieres más disturbios. No te creo, no te creo porque me estás apuntando de una manera que no me gusta, eso no te lo voy a permitir, no lo consentiré nunca más. Lo vamos a hacer como a mí me gusta o no hacemos nada. No quieres hacer nada conmigo y me culpas, pretendes que es culpa mía, pues no es así. Te he buscado de diversos modos y no subes, estás completamente alicaído, ¿qué pasa contigo?, mira que te puedes quedar así para siempre, como un pájaro enterrado. No sufras, déjame a mí, déjame avanzar de a poco y no vengas con sustos. Sé lo que quieres de mí esta noche, pero es imposible. ¿Quieres que te cuente algo?, quizás te animes y respondas. Ya me siento mejor, me siento, en verdad, mal, cada vez peor y no me acuerdo qué me has hablado a lo largo de este año. Sé que me has dicho que mi cabeza no tiene ningún destino. La última vez me hiciste saltar de la cama, me disparaste lejos, pájaro caligráfico. Ahora sales con que me tienes miedo. Revolotea, pierde tus temores y frótame las ronchas del estómago. No me mires, deja de mirarme, pues no sé qué hacer, no sé cómo ponerme ya, cuando lo de antes no te gusta. Deseas que te cuente la escena del parque y no me acuerdo lo que te dije. No quiero equivocarme porque si lo hago te vas a desplomar, te vas a venir edificio abajo. Estoy verdaderamente alarmada por ti. ¿Quieres estar con otra? Si te atreves, pájaro tramposo, será verdad lo que dices, lo que me has dicho este último año. ¿Has estado con otra? No mientas, no digas nada. Sé que has estado con otra, vi las manchas, estabas todo manchado. Eso es lo que pasa, estás a punto de decírmelo, te mueres por contármelo y por eso me acusas, me insultas y no quieres aceptar que han bajado los salarios. Cuido de ti ¿no es cierto? Está bien, tómame como quieras, al final siempre haces lo mismo, pero empieza de una vez aunque me mojes todo el cuerpo. Me duermo y no estoy despierta para vigilarte. No puedo andar detrás tuyo todo el día, todo el día detrás tuyo para saber en qué piensas, en quién. Entra un ventarrón por mis piernas abiertas, se me enfriará el interior y tú no estás. Me asusta la noche y te aprovechas y me dices que te vas a ir cualquier noche con cualquiera y ahora temo que cumplas tu amenaza. Tómame y piensa en quien quieras, pero afírmame

hasta que me entienda con la noche. ¿Ves?, estoy puesta como te gusta. Conocí a un muchacho tan temeroso como yo. ¿Te lo conté?, ¿cierto? Lo que hicimos con el muchacho lo había aprendido con una costurera de la avenida, esa mujer le había contagiado su pavor a la noche. Estamos en plena oscuridad y me niego. No me dejo tentar por tus ofertas, sólo sigo aferrada a ti para que me conduzcas al siguiente nuevo día, brillante, como la arista de la moneda que me hiera.

SIENTO un permanente dolor, miedo, una hambruna insaciable me devora. ¿Te das cuenta que no puedo levantar cabeza? No me dejan, ni tú. Derribada por mi paga no logro avenirme a ningún oficio. Los despidos se suceden por todas partes y la noche de mis 40 años me encontrará desempleada. Parece que tú vivieras en otro mundo, no entiendes lo que está pasando. Cansada, desempleada, dejo que me pase contigo, pues aún sigue ese vago, inestable ascenso. Una de estas noches acabará por derribarme, me derribarás al intentar detener la fugacidad de tu aliento. Dices que no te irás, me lo has dicho y hasta lo has jurado. Te irás de todas formas ¿por qué no habrías de hacerlo?, pues únete con el resto. Me enfrenté a una turba de pájaros histéricos detenidos ante una corta de árboles. Los pájaros estaban cantando un himno profundamente pernicioso. Te fatiga que mi lengua haya perdido su destreza, es verdad, no me resulta fácil tomarte con la lengua, es apenas una obligación más. Te haré un recorrido vertical con mi lengua, pero no me digas lo que hiciste, no repitas eso de los gemidos, no detalles nada. ¿Te das cuenta que no hay nada?, no comprendo qué es lo que buscas de un lado para otro. No hay nada. Sigues desesperadamente buscando, picoteando en el fondo. No hay nada, sólo se parece a la entrada de la noche. ¿A qué hundimiento te acoges? Parece que vinieras de vuelta de un viaje terriblemente desafortunado. ¿Vienes de vuelta? Un pájaro partió sin aviso y quedé completamente encandilada. Si te vas, llegará otro. Al límite de mis 40 años, mi cabeza entra en una letal zona de peligro. Veo, esta noche, un interminable desfile de cuerpos en éxtasis, salen a toda velocidad y estallan. He recibido sus fragmentos este tiempo, las esquirlas me hieren en la noche. El eco del último éxtasis se ha refugiado en la cúpula de tu pájaro. Qué engaño, por esa pequeñez he perdido mis trabajos, me he descolgado de las trabajadoras. Soy ya la copia de una asalariada por estar pensando en tus temblores en vez de iniciar una marcha para impugnar el desajuste de mi paga. Abro los ojos y no veo nada. Te busco a tientas y te encuentro humedecido. Equivocada pienso que lloras, pero no. Te vienes encima y casi no puedo respirar. Habrá alguien afuera esperándome y ni un millón de trabajadoras podrán defenderme cuando mi ojo se encuentre con la astilla.

LE PEDÍ a la noche que me ayudara, se lo pedí hace tantos años, le supliqué que me sacara lo malo que tengo adentro, lo mala que soy. Ofrecí mi visión para que él no me siguiera más, para no necesitar que siempre anduviera detrás mío. Hace tantos años. No quise, en realidad no quise mirar a los muchachitos diciéndoles con la mirada las cosas, ni sentir la humedad, la misma humedad de la película. Cómo me humedecí mirando la película, me dolió tanto que cuando terminó casi no podía caminar. Necesité en esos años de un castigo, fuerzas para detener las manos que subían por mis piernas a tocarme. Cómo gocé, casi gocé con la mano del hombre en el parque, el hombre aquel que pensaba que me estaba engañando, que yo no sabía hacia dónde apuntaba su mano y lo dejé porque él estaba gozando con su propio error. No tuve fuerzas para detener todas las manos que intentaban lo mismo, impedir mi goce completo. Cómo me gustó que el otro me lo hiciera suavemente, con tanta consideración me metió la mano que cuando sentí que me empezaba, que ya me estaba empezando, lo detuve, lo rasguñé. Pobre hombre. Que no me pase, que no me pase decía, que no me vuelva a pasar, pero apretaba las piernas sentada en el sillón hasta que se iniciaban los latidos. No sabía, pues lo único que hacía era sentarme en el sillón con las piernas apretadas. Ah, debería haberme cortado las manos. Yo no quería ver esas películas que después me dejaban tan adolorida, pero ya estaba el hombre que me seguía y que aceleraba mis terribles costumbres, mi temor por la integridad de mi ojo. Por ese temor me abandoné a la mano que me andaba buscando para hacérmelo completamente. Pero, ¿cómo me atreví a decirle eso cuando el hombre me lo mostró?, ¿cómo pude nombrárselo y aceptarlo en mi mano? No aprendí a bañarme con la misma indiferencia con que me lavo las manos. Desde que sentí a la vecina nunca más me engañé, comprendí perfectamente la enfermedad que tenía. En ese tiempo cambié la posición de la cama y puse un armario en la muralla. Quise ir al campo, pero los animales podían atacarme. En mi casa me asaltaba a mí misma. Todo es peligroso, hasta una simple película que me dejaba sin poder caminar. Vendedores, artesanos, albañiles, carpinteros, se tropiezan en mi memoria, se parecen a un pájaro estrellado contra un vidrio. El mundo del trabajo desfila ante mis ojos. Las trabajadoras caminan en línea recta y sangran por las narices. Quiero sangrar, desfilando con el puño en alto, gritando por la restitución de nuestros derechos, conmovida por una energía semejante a la histeria. Sangrando, con el puño en alto, alcanzo a entender que aún sobro en

todas partes, en todas partes me aguarda lo que me hizo huir de todas partes.

HAY TRES enormes pájaros, pájaros negros, parados en la cumbre de un acantilado. Están extrañamente inmóviles con sus picos elevados hacia el sol, vueltos a una altura que no calienta nada. Sol engañoso. Uno de esos pájaros se mueve y divisa que estoy abajo, en medio del agua. Abre las alas y viene a mí a una velocidad electrónica. Cierro los ojos y me hundo en el agua. Voy a morir. En el sueño ya estoy muerta debajo del agua y el pájaro se sumerge para picotearme. Es un pájaro terrestre y marítimo. Estoy cerosa y una mancha verde se dibuja encima de mi estómago. Mi cadáver mantiene una fiel sonrisa en la boca y mi encía inferior sangra a través de un pequeño orificio. Caí desde lo alto de un acantilado, fracturándome la cabeza después que el pájaro negro me voló un ojo.